

FERIAS DE SAN NARCISO

La anual solemnidad de San Narciso nos acerca a las murallas semiderribadas de Gerona. Sus torres y campanarios, alumbrados por el horizonte de los siglos, levantan la voz de aquella fé que formó gigantes cuando el borrascoso viento de la ira y el trueno de los artilleros ruidos los hiciera bambolear sobre sus más sólidos cimientos. Los ecos de sus campanas suenan al oído del corazón porque, ni la marcha progresiva de aquella, ni las artes de su desatado avance con sus vacíos que se forman cada día más anchos y profundos en derredor de nuestras tradiciones, ni la indiferencia con que se mira muchas veces todo aquello que no signifique comodidad y placeres, pueden eclipsar las exterioridades de la historia, la cual, al juntar sus glorias y sus hechos maravillosos, concede al hombre una vida como de cientos de años sin penalidades de vejez ni fatigas en la peregrinación. En presencia de una de sus páginas, entre las más huidizas tal vez, con ser el epílogo de una epopeya, me detengo unos instantes con ánimo de poner a tu disposición, lector amigo, un ligero apunte del inusitado esplendor que singulariza a las Férias de San Narciso del año 1816, al coincidir su celebración con los últimos honores rendidos a los restos del glorioso general Mariano Alvarez de Castro, invicto defensor de la inmortal ciudad.

Una relación de aquellos actos, publicada en los mismos días a que me refiero por el gerundense impresor Don Vicente Oliva, y cuyo lomo aparece despellejado y enmohecido por la inexorable acción del tiempo y del olvido, los registra cual centella que enciende el gran fuego de la inmortalidad, encomiándonos como el mayor lauro a las victorias de nuestro héroe.

No importa que haya muchos sabedores de lo que Gerona agradecida hizo en el tránsito de los restos mortales de su heroico defensor, hasta colocarlos, según la última voluntad del mismo, en la capilla de San Narciso. Se me ocurre que lo que intentaré exponer con cuanta concisión pueda, aunque toscamente dibujado, lejos de ser despreciable como cosa insignificante o inútil repetición, dados los documentos en que se apoya y sus pormenores de tiempo, de lugar y de personas, bien merece ser divulgado entre los visitantes que los desconocen y que sólo se entregan a la sugestión deliciosa del vagar, no sin experi-

mentar una viva curiosidad que los sumerge en las épocas pretéritas. Quienes han tenido la dicha de errar por las calles de la inmortal ciudad y sintieron la emoción misteriosa que les detuvo ante la grandeza de sus glorias y de sus proezas sin cuento, han de acoger a buen seguro con benevolencia la evocación que mi buen deseo les ofrece.

El temple de los gerundenses y su religiosidad, son virtudes que habían ganado el corazón de su dignísimo gobernador. De ahí la última voluntad del inmortal Jefe de que sus restos mortales fuesen trasladados a la capilla del glorioso Santo a quien se ha profesado siempre general de vocación. La diligencia de los que abriendo sepulturas habían contribuido a su entierro y la escrupulosidad de quienes le desenterraron aseguran la legitimidad de aquellos, a los que la fuerza de la última disposición conduce a su justo destino que no puede menos de ser el objeto predilecto del amor del heroico general.

En 20 de Diciembre de 1814 el mandato del Rey D Fernando VII resuelve uno de los primeros cuidados que avivaron los sentimientos de este monarca al sentarse en su trono, disponiendo que con suntuosa ceremonia fúnebre se honrara en Barcelona la memoria de Don Mariano Alvarez de Castro. Diferido el acto por las necesidades del Reino, pero nunca olvidado, lo fija a los 26 de Octubre de 1816, por orden del 9 del mismo, el Excmo. Sr. Capitán General del Principado, siendo aun gobernador de Gerona el inmediato sucesor del héroe Alvarez, Don Juan José García de Velasco. Este feliz resultado cuya gloria pertenece a la inmortal ciudad tiene reunidos en la residencia del gobernador a los Señores D. Pedro Toronell y D. Josef Bertrán, canónigos, por el M. I. Cabildo de la Catedral y D. Francisco de Ciurana y el Dr. D. Ignacio Lagrifa por el M. I. Ayuntamiento, quienes, afectados por el suceso e identificándose a la par con aquél en el placer, deciden de común acuerdo el modo de recibir los expresados restos al ir éstos a Barcelona, disponiendo que a su regreso a Gerona y hasta colocarlos en la capilla de San Narciso nada se omita en el cumplimiento de las soberanas disposiciones.

Ei día 23 de Octubre, a las

dos y media de la tarde, se reúnen en la Sta. Iglesia Catedral su Ilustrísimo Cabildo, los Colegios y Gremios, las Comunidades, la Academia del Dr. Angélico, la Cruzada Gerundense, con el muy Ilustre Ayuntamiento presidido por el Exmo Sr. Gobernador, seguido de los Jefes y Oficiales de la plaza, de la Nobleza y personas distinguidas de la ciudad, dirigiéndose acto seguido por la escalera de la Catedral, la Calle del Lobo y la Plaza de San Pedro a la Puerta de Santa Maria, llamada vulgarmente de Francia. Ante la muchedumbre que se aprieta y abstruye las calles, sepultadas en profundo silencio, aparece el coche en que viene la urna conteniendo los preciados restos procedentes del Castillo de San Fernando, de Figueras, siendo colocados sobre elevado y magnífico féretro del que penden magníficas borlas que toman los oficiales de superior graduación y los que por haber sido ayudantes del héroe en el memorable sitio de la plaza adquirieron derecho a tal honra. Sigue el curso proyectado de las calles de la Barca, Ballesterías, Platería, Plaza de las Coles, Abrevadores, Ciudadanos, Plaza del Aceite, Forsa, y Subida de la Catedral junto a su escalera hasta entrar por la Puerta de los Apóstoles.

Tras solemne ceremonia se situa el féretro entre el altar mayor y el coro, donde se canta el último responso, disolviéndose la memorable procesión, siendo finalmente llevado aquél a la capilla de Ntra. Señora de la Esperanza en que permanece hasta el día siguiente. A las seis de la mañana se dispone la salida de los gloriosos restos del defensor de Gerona cuya fama se extiende a todos los pueblos de Europa.

El corazón de la ciudad late, vivamente agitado. Los gerundenses se disponen a dar si cabe mayores pruebas de sus afecciones piadosas, vivas y grandes, de gratitud a su héroe.

Al celebrarse la pompa fúnebre en Barcelona el día 26 de Octubre, el Capitán General interino Excmo. Sr. D. Andrés de Herrasti había dispuesto que los venerados restos estuvieran de vuelta a la ciudad el día 18 para ser colocados en la Capilla de San Narciso en la víspera de su fiesta; pero Gerona que los recibía en aquella sazón resolvió depositarlos hasta el

día 30, puesto que siendo el 29 la fiesta del Santo, no era posible celebrar el solemne funeral que había preparado.

A las tres de la tarde del día 28 hállanse todas las Corporaciones así eclesiásticas como seglares a la puerta del Areny, presentándose luego el coche conductor con la misma escolta, si bien con la diferencia de haber sucedido en el servicio al caballero Gobernador de Figueras, el señor D. Francisco Satué, capitán efectivo de infantería agregado al Estado Mayor de la plaza de Barcelona, y de haberse encerrado en preciosa caja la que contenía todo el objeto de la espectación.

Considerando ya Gerona como enteramente suyos aquellos restos y anhelando darles religioso depósito, los conduce a la S. I. Catedral. Repítense en este nuevo recibimiento los responsos, los honores, las paradas de la guarnición y, en suma, todos los homenajes tributados anteriormente.

El día 29, festividad de San Narciso, alcanza insólito esplendor; el trajinar por las calles tiene la fisonomía de la admiración, de la gratitud, como si apenas hubiera un rincón por donde no resuene el eco de las virtudes del que supo labrarse una corona de gloria.

A las emocionantes escenas reseñadas sucede la brillante pompa del día 30. La ciudad parece un hormiguero; su Catedral congrega a una multitud que con reverente susurro causado por la admiración penetra en el vasto recinto celebrando la honrosa memoria del caudillo gerundense. Un sinnúmero de hachas y velas esparcen prodigamente sus amarillentos clarores mientras las armonías de la capilla de música se elevan lenta y gravemente perdiéndose en las altas bóvedas. Todo mueve a la meditación y a la plegaria. Gerona reza con el alma conmovida.

Una lámina de la época nuestra al magnífico túmulo erigido entre el altar mayor y el coro y que fué ideado por Don Josef Barnoya, arquitecto y sobrestante mayor de las obras de fortificación. Según dicho documento tenía aquel una longitud de sesenta y cinco palmos y treinta y dos de latitud, en figura cuadrilátera, siendo dividido en cuatro cuerpos del orden toscana-caballera.

En los cuatro ángulos del primer cuerpo, de veinte palmos de altura, se levantan cuatro severas piras o vasos griegos. Y como remate del monumental relicario cuyos

(Termina en la última pág.)